

tro de tres días partiremos para Jaen. Quiero acompañarte. ¿Cuánta gente necesitas?

—Me bastarán mil hombres.

—Abibdar, haz venir á mi presencia todos los jefes de tribu que se hallen en mi palacio.

Salió el mensajero, volviendo á poco á entrar en compañía de los llamados por el Rey.

Entonces, dirigiéndose éste á los recién venidos, exclamó:

—Abencerrajes y Gomeles Alabeses y Zegries: con todos vosotros cuento para la expedición que dentro de tres días ha de salir para Jaen al mando de Reduan. Preparad cada uno de vosotros las lanzas de que podais disponer, y hacedlo de modo que pasado mañana se hallen reunidas ante la Puerta de Elvira. A la tarde revistaré las tropas, y al día siguiente marcharemos todos á dicha ciudad, pues yo también quiero ser de la partida.

Todos inclinaron la cabeza en señal de respeto y obediencia.

—Oye, Reduan, continuó el Rey, llevándoselo hácio un lado: si logro mi intento y la cerca se construye, á tí lo deberé todo. Serás acreedor á una gracia. El deseo que entonces me manifiestes quedará satisfecho.

—Cuento con tu promesa, señor.

—Musulmanes, la Reina y sus damas nos esperan, añadió en voz alta Ismail: id; divertios esta noche, para pensar mañana en la campaña.

Todos se dirigieron al salon, que estaba espléndidamente iluminado.

II.

Melancólica y hermosa aparecía la Alhambra la noche anterior al día señalado para la expedición de Jaen. Brillaba la luna sobre un cielo despejado, dibujando en la arena, cual fantásticas sombras, las copas de los árboles de sus frondosas alamedas: el leve ruido que producían al tocar al suelo algunas amarillas hojas desprendidas de ellos, confundíase con el murmullo de los arroyos y el blando susurro de las fuentes, que, reflejando en ellas el astro encantador, las hacía aparecer como otros tantos grupos de espuma y plata. Era una noche deliciosa; una de esas noches que pinta á su placer la ardiente imaginación de un poeta; un recuerdo del paraíso, un destello de la grandeza del Omnipotente; era... una noche en la Alhambra.

Por una de sus calles, en la que apenas la luna podía penetrar, á causa de las entrelazadas copas de

sus nogales, que la descarnada mano del invierno no había aun deshojado, paseaba lentamente una mujer. Iba cubierta de un tupido velo que nacía de su turbante rojo, bastante encajado sobre la frente. Estaba sola; y un pergamino que arrugaba entre su mano, lo leía de cuando en cuando, parándose en algunos sitios donde la luna, habiendo encontrado un hueco, asomaba un rayo pálido, como ofendida de que la vedasen la entrada en aquel recinto. Después de leerlo, suspiraba clavando la vista hacia el final de la alameda. Una de estas veces vió dibujarse en el fondo el blanco albornoz de un árabe; corrió hacia aquel sitio, y no tardó en oírse su amoroso coloquio.

—Reduan! Luz de mi vida! ¿Con qué impaciencia he esperado la llegada de tus pasos!

—Huri del paraíso! Hacia aquí volaba en busca de la felicidad.

—Ah! Reduan, no me abandones; no olvides nunca a esta pobre esclava: tú, el que prestas atractivo á mis cadenas; sin tí moriría la desventurada Jarifa.

—Angel mio!

—Pero, dime: ¿por qué me has citado antes del día de nuestras entrevistas? ¿qué debo esperar de esto? Habla, habla, Reduan: mi vida pende de tus labios.

—Mañana parto, Jarifa.

—¡Alá! ¿qué escucho!

—Tranquilízate, bien mio: tú eres la causa de esta ausencia. Prometí un día á Ismail ganarle la ciudad de Jaen en una noche, y ha llegado el caso de cumplir mi palabra.

—¡Desdichado, cómo viertes la amargura en mi corazón! ¿Quieres arrostrar esa temeraria empresa

por proporcionarle un estado mas á tu Rey! ¡y dices que yo soy la causa! ¿Qué he de tener en pro de tan infausta expedicion? ¡Ah! ¡luto, llanto eterno para la vida de Jarifa!

—Mujer, tu imaginacion se alucina. ¿Piensas que todos los monarcas de la tierra me harian separar de tí, si no fueras el móvil que me impulsara? Jarifa, una gracia á mi arbitrio me concede el Rey si le pongo en posesion de ejecutar el designio que medita: tu libertad, que es mi deseo, será el fruto de mi empresa. ¿Piensas que no corroe mi corazon, cual vibora punzadora, el verte sometida como vil esclava al caprichoso deseo de una mujer? Piensas que no se anegan en lágrimas mis ojos al recordar que tú, hija de Reyes, mecida desde la infancia por el amor y la ventura, halagada por el adulador ambiente de los palacios, eres ahora la esclava que tiene que adivinar el gusto de su ama para servirla con humildad? No, Jarifa: mi corazon revienta en el pecho y clama por volverte á la antigua libertad en que te conoció. Hé ahí mi constante pensamiento: vé ahí la causa de mi loco empeño.

—¡Ah! gracias, gracias, Reduan; pero sigue, hálbame de ese modo; ¡me hacen tanto beneficio tus palabras....! encierran tanta ventura...!

—¡Jarifa mia!
—¿Por qué no te fuiste sin decirme nada? Grande hubiera sido mi pena, si, muy grande; ¿pero qué vale comparada con el dolor que vas á hacerme sentir á nuestra separacion?

—Imposible, mujer, imposible; necesitaba de tu vista para fortalecer mi valor.

—¿Mas no es verdad que tu ausencia durará poco?
¡Ah! dime que sí, Reduan; dímelo, aunque despues
haya de cumplirse la voluntad de Alá.

—Será muy breve, asi lo espero: ahora abrázame.

—¡Te marchas ya!

—Sí, es tiempo; vuelve al palacio, no aperciban
tu falta. Regala al buen Jusef que nos proporciona
esta felicidad, y ruega por mí.

Nada respondió Jarifa. Las palabras se ahogaban en
su garganta. Apoyada en el tronco de un árbol, mi-
rando alejarse á su amante, dió rienda á su llanto de
amargura. Calmada algun tanto con este bálsamo del
corazon, postrose de hinojos sobre la arena, cruzó los
brazos sobre el pecho, inclinó la cabeza y oró.

A la mañana del dia siguiente, salió por la *Puerta
de Elvira* una brillante division compuesta de doce mil
hombres entre infantes y ginetes al mando del va-
liente Reduan, Ismail, Abibdar y otros nobles y bra-
vos moros acompañaban la expedicion.

Desde la *Torre de la Vela* miraba la reina con sus
damas y esclavas la salida de este ejército escogido, y
entre los pañuelos que ondeaban vióse una blanca ma-
no levantada al cielo. Era Jarifa que pedia en silencio
al Profeta le volviese á su amante con vida.

—¿Qué vienes á hacer aquí sin que te llame? dijo con mal humor D. Gonzalo.

—Señor, este pliego que acaba un hombre de

En la espaciosa sala de una casa próxima al real convento de Santa Clara en Jaen, adornada con antiquísimos muebles de estilo gótico, estaba sentado Don Gonzalo de Stuñaiga, obispo de Jaen, jugando al ajedrez con D. Iñigo Tablares, su mayordomo mayor; disgustado en extremo se hallaba el obispo, pues perdía aquella tarde contra su costumbre.

Su adversario, caladas las gafas y encasquetado un gorro negro, seguía con minuciosa atención la marcha de las piezas contrarias, sufriendo resignadamente las rabietas de D. Gonzalo cuando le comía alguna, y los dictados de mal jugador con que era apostrofado á cada jaque que llevaba. Un criado entró precipitadamente en el salon.

—¿Qué vienes á hacer aquí sin que te llame? dijo con mal humor D. Gonzalo.

—Señor, este pliego que acaba un hombre de

traer con mucha prisa para vos: dice que los moros de Granada vienen contra nosotros.

—¿Cómo? ¿qué dices? D. Iñigo, esperad un poco, veamos esto.

Rompió el pliego que le acababan de llevar, y comenzó á leer.

—¡Diablo! dijo despues que hubo leído. El Rey de Granada viene hácia aqui con un numeroso ejército: están á seis leguas de distancia.

—¡Caramba! exclamó el mayordomo levantándose de su asiento.

—Pronto, pronto, que salgan mensajeros para Baeza, Ubeda y Cazorra, con orden de que apresten las fuerzas que puedan facilitar, á fin de que hoy mismo vengan á Jaen. Que toquen á rebato las campanas de las iglesias, y se reuna el pueblo en masa para hacer una salida; ayudado de los refuerzos de los pueblos comarcanos. ¡Vivo, D. Iñigo, vivo! disponed se cumplan mis disposiciones.

En la tarde de aquel dia una hueste numerosa, á cuya cabeza iba D. Gonzalo, quien á pesar de su avanzada edad trocara sus hábitos religiosos por una armadura bien templada, salió de Jaen para hacer frente á los moros. Esta salida asombró estraordinariamente á los infieles, y sobre todo á Rebuán que creia tomar á Jaen por sorpresa, y lleno de rabia no pudo menos de esclamar:

—¡Nos han vendido!

Esta voz, que cual plomo mortífero atravesara de unos en otros los corazones de la morisma, infundió el desaliento y el temor. No obstante, empeñose una lucha encarnizada y cruel. Reduan hizo prodigios; Is-

mail no se quedó atrás; los demás caudillos secundaron estos esfuerzos, mas en vano. Eran los cristianos muy fuertes y en mayor número; el estandarte agarenense se rindió al de la cruz: los moros huyeron derrotados, pero llevando algunos cristianos, que el héroe arrojo de Reduan había hecho prisioneros. La tropa, que tan alegre y brillante salió de Granada, entro mustia y silenciosa como fúnebre comitiva.

IV.

Tres días eran pasados de estos sucesos. Estando el Rey Ismail la mañana del cuarto, en su palacio real de la Alhambra, rodeado de toda su corte, lamentaba con su favorito Abibdar el fatal resultado de la expedición de Jaén. Triste y cabizbajo se hallaba el infeliz Reduan, viendo desvanecidas sus lisonjeras esperanzas. Asomado á un ajimez, paseaba su distraida vista por los frondosos cármenes del Dauro, sumido en sus reflexiones.

—Es cierto, se decia interiormente, es cierto que Jarifa me ama, como anoche me lo juró, aun despues de haber faltado á mi palabra, despues de haber deja-



R.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

do de ser caballero.... ¡Oh! maldicion sobre mí! Pero acaso ¿es eso bastante á calmar mi sufrimiento? ¿La he devuelto su libertad como anhelaba? ¿No se encuentra sometida á la voluntad de quien la manda? ¿Qué he hecho pues? ¡Miserable! agravar su situacion.... la mia.... y... ¡Oh Alá, Alá! ¡cuánto sufro! Y el desgraciado se oprimia con ambas manos las sienes, que abrasaban cual candente metal.

Entre tanto el Rey tambien se quejaba de su suerte.

—Ya lo has visto, decia á Abibdar: no puede haber monarca en quien el destino se encarnice con tanta ansia como en mí. El medio que nos presentó Reduan para la construccion de la cerca, ha desaparecido como la pavesa en el huracan; y hénos aqui en el mismo estado que antes, con una derrota mas y muchos soldados menos.

—En verdad ¡oh Rey! que no parece sino que el genio del mal se ha conjurado contra nosotros.

—Esa cerca, esa maldita pesadilla que me persigue sin cesar, que nada es suficiente á distraerla y que no la puedo desechar ¿cuándo la veré desvanecida?

Apenas habia acabado Ismail de hacer esta esclamacion, cuando un musulman se llegó hasta él y haciendo una respetuosa reverencia le entregó un pergamino enrollado.

—¡Mi rey y señor! es un cristiano de Jaen que han dejado subir á este sitio, y que espera tu resolucion.

Desenrolló el rey el pergamino, y lo pasó despues á su favorito.

—Lee, Abibdar, y esplicame qué hay de esto.

¿Dónde están los cristianos cogidos en la batalla de Jaen?

Sorprendido pareció Abibdar con la lectura de aquel escrito, que devolvió á su soberano diciendo:

—¿Será posible que entre esos cristianos...?

—¿Dónde están?

—Reduan los tiene á su cargo, pues á él le pertenecen.

—Hazle comparecer.

Abibdar distrajo las téticas reflexiones del moro, comunicándole este mandato.

—Acércate, Reduan; le dijo el rey viéndole llegar. Hace dias que ofrecí concederte la gracia que me pidieras, si me facilitabas el medio de hacer una cerca á Granada. Ese medio está en tu mano, dámelo y pídemelo lo que quieras.

Atónito quedóse el moro. Miraba con desencajados ojos al monarca dudando de lo que oía, y no sabiendo si atribuir á mofa las palabras de su soberano.

Conoció este su embarazo y no quiso prolongar la admiracion de su súbdito.

—Ven acá, le dijo sonriendo, antes de usar de esa prerogativa facilítame ahora mismo el recurso.

—Pero, señor....

—¿No te pertenecen los prisioneros de Jaen?

—Tuyos son todos, y hasta yo mismo si ese es....

—¡Eh! no soy tan ambicioso, me basta con uno, ¿quieres entregármelo?

—Dime cuál y.....

—D. Gonzalo de Stúñiga, obispo de Jaen.

—¿Será posible! ese cristiano....

—Es uno de los prisioneros; vestia de soldado y

tuvo la desgracia (por nuestra fortuna) de caer en tus manos. Eso me dicen en este pliego los cristianos de Jaen, y me suplican ponga precio á su rescate. Ya ves que una ocasion mejor para nuestro propósito de la cerca no podia presentarse.

Pidió Ismail una pluma y puso al pié del escrito:
«Se pondrá en plena libertad al obispo D. Gonzalo de Stúniga, si se obligan los cristianos de Jaen á concluir el lienzo de muralla que circunda á toda Granada; entendiéndose que solo se cumplirá aquello, cuando esté terminada la obra de un todo.— Ismail, rey de Granada.»

Ahora, dijo dirigiéndose á Reduan, te toca á tí hablar, ¿qué deseas?

Embriagado de placer y loco de júbilo por aquella transicion tan repentina, que al par que su honor le devolvía, poníalo en posicion de quebrantar la esclavitud de su amada, Reduan se precipitó a los piés del rey.

—Rey piadoso: nunca usara de la gracia que tu munificencia me concede, si lo que hubiere de pedir fuera para mí: mas, señor, adoro á una mora, á una hija de reyes, que los azares de la fortuna han venido á aprisionarla con pesados eslabones, é imploro su libertad. Dásela á Jarifa, á la esclava de vuestra esposa, y es el mayor bien que puedes hacer á tu humilde súbdito.

—Levanta, Reduan, contestó Ismail: tuya es Jarifa; tuya su libertad: ¿estás contento?

—Bendígate Alá, señor.

Dos dias despues, libre Jarifa de los hierros de la esclavitud, era mujer de Reduan.

El rey Ismail vió tambien su deseo cumplido. El rescate del obispo de Jaen, que no quiso en un principio revelar su clase por parecerle mas fácil su libertad creyéndolo simple soldado, le valió su cerca tan apetecida. En el cerro donde existe la ermita de San Miguel, antes torreón morisco llamado del Aceituno, se ven aun algunos vestigios de ella; la cual empezaba en la Puerta de Elvira, seguia por detrás del convento de la Merced (hoy cuartel de infanteria) con direccion al de San Diego, *Puerta de Fajalauza*, cerro de San Miguel, hasta la dicha torre del Aceituno, y bajaba al camino del Sacromonte, enlazándole con parte de la cerca anterior en el Barrio del Hajeriz, hácia la *Cuesta del Chapiz*.

El viajero que visita á San Miguel está muy lejos de creer que aquellos carcomidos é informes murallones que se presentan á su vista, traen su origen de tan curioso acontecimiento.



JUNTA DE ANDALUCIA



EL

CIPRES DE GENERALIFE.

POR

D. Luis de Montes.



¿Cual es el viajero que al recorrer en Granada los encantados bosques de la Alhambra y los embalsamados jardines de Generalife, no se ha detenido en el patio del estanque de esta casa de placer de los reyes moros sorprendido al ver los robustos cipreses que bordan sus orillas, elevar hasta el cielo sus verdes copas tan agudas como las agujas de las torres de una catedral gótica? Y cuál es tambien el que no se dirije atraido por una fuerza indefinible hácia el segundo de los de la izquierda, y no se queda absorto contemplando aquel robusto tronco cuya superficie está mutilada por mil partes, y cuando ha sacudido de su imaginacion los recuerdos que el árbol venerable le despierta, no ha cortado una astilla de su porosa corte-

za, y la ha conservado como una preciosa reliquia para enseñarla con orgullo en los países mas remotos del mundo?

Hemos visto al célebre Washington Irving parado en frente del colosal ciprés, con los ojos clavados sobre su elevada copa, pasar horas enteras abismado en los recuerdos que despertaba, y no salir de su enagenamiento sino para acercarse con religioso respeto, y cortar una delgada astilla para enseñarla á sus amigos del nuevo mundo.

El ilustre Chateaubriand dice que cuando volvió de sus viajes por oriente y occidente, llevó á París dos cosas de un precio inestimable para él; una piedra del rio Jordan en Judea, y un pedazo de la corteza del ciprés de Generalife en Granada.

¿Qué es lo que le ha dado esta celebridad universal? Qué acontecimientos pasaron á su sombra? En qué historia hizo un papel interesante? He aquí lo que vamos á averiguar.

Corrían los años de 1491. El rey moro de Granada Abo-Abdheli despues de su infructuoso ataque contra la plaza de Jaen, y de la batalla de Riofrio, en la que habia perdido el estandarte real, aunque en cambio

bizo una gran presa de ganados á los cristianos; fué á pasar los calurosos dias del estio á los frescos cármenes de Aynadamar en las orillas del rio Darro, acompañado de los gefes de las turbulentas tribus de los Zegries y Gomeles.

Acababan una tarde de comer, y se suscitó la conversacion sobre la última batalla, y el monarca granadino no pudo por menos de confesar que sin el valor y el esfuerzo de los caballeros Abencerrages y Ganzules hubieran sido completamente derrotados por el obispo D. Gonzalo, caudillo de los cristianos; cuando levantándose de repente un caballero Zegri y dirigiéndose al Rey le dijo.

—No son tan valientes como los caballeros de Jaen, pues han sido rechazados por estos.

—¿Y sino hubiera sido por ellos y sus tribus adictas, hubiéramos escapado ninguno de la rota de Riofrio? contestó el rey.

—Hacen bien en ser valientes, añadió un Gomei; pues que son traidores y desleales.

—Imposible, exclamó Abo-Abdheli: los Abencerrajes son tan leales como valientes.

—Por vida de Alá, Señor, que estais ciego: ¿no conocéis que esa orgullosa tribu está haciendo mil favores á los cristianos, ya dando libertad á los que hace prisioneros, ya aliviando la suerte de los que están entre cadenas, en desprecio de vuestras órdenes, tanto para mostrar al pueblo que vos no lá imponéis respeto, quanto para hacerse partidarios en la corte del rey castellano, y tener allí amigos que les acojan en un dia de desgracia?

—¿Y no reparais, añadió Mahomat-Zegri, en su

fastuoso porte y en su insultante lujo en tiempo de tanta calamidad?

—Desengañaos Señor, repuso otro Gomel, los abencerrajes son traidores. Tiempo es ya de arrancar la venda que os impide ver su escandalosa conducta: no contentos con haber esclavizado al pueblo, no contentos con igualarse á nuestras reales tribus invadiendo los altos destinos del reino, han atacado á V. A. en lo mas vivo de su honor.

—Qué quereis decir? contestó el rey poniéndose pálido.

—Queremos decir, que su caudillo Albin-Hamad ha seducido á la reina Moraima, y que ambos os hacen traicion.

—Infamia! gritó Abo-Abdheli empuñando con trémula mano su gumia: las pruebas! las pruebas al instante! ay de sus cabezas si es cierto! ay de las vuestras si me engañais!

—Recordais, señor, las zambras que en Generalife dispusisteis para celebrar las bodas de la hermosa Haxa y del valiente Reduan? dijo el Zegrí-Mahomet; pues en aquella noche salí del salon del baile á respirar el perfume de las flores de los jardines, y al pasar por una calle de arrayanes junto al estanque con mis sobrinos Mahamat y Alamut, y con Mahandin Gomel, oimos al pié de un ciprés un ligero murmullo: no pudimos ver los que lo producian pues los ocultaban los espesos rosales que hay al pié; mas separándonos con cautela y escondiéndonos detrás de otros, vimos salir á poco una mujer con el velo echado á quien conocí al pasar junto á mí, pues la iluminaba un rayo de luna: era la sultana Moraima... aguardad, señor, prosí-

guió Mahomet; detrás la seguía el traidor Albin-Hamad, el que cogiendo rosas blancas y encarnadas la hizo una guirnalda y se la colocó en la cabeza diciéndola: «Oh! cuán hermosa estas, amada mía, con esta corona de flores!—La prefiero, le contesto, á la de oro con que ha ceñido mis sienes el imbécil Abo-Abdheli!»

—Callad! gritó con voz de trueno el desgraciado monarca: muerte! muerte á la infiel! esterminio á esa infame raza! Juro por el profeta que he de hacer rodar sus cabezas, y que sus impuros cuerpos reducidos á cenizas se esparcirán por el aire para escarmiento de traidores y aléves. A Generalife, prosiguió, á Generalife.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

II.

Hallábase una mañana formado el ejército castellano en los campos de Talavera de la Reina; al que pasaban revista los reyes D. Fernando V y D.^a Isabel para disponerse á marchar muy en breve á la vega de Granada á fin de poner cerco á esta ciudad, única que ya poseían los moros; y los diferentes capitanes andaban al frente de sus aguerridos tercios estimulándolos con la esperanza de un seguro vencimiento y

de un riquísimo botín; cuando apareció en los cuarteles de D. Juan Chacon, señor de Cartagena, uno de los mas famosos caballeros del ejército, un corredor que venia de tierra de moros, el que conducido á su presencia entregó una carta sellada con armas reales.

Importante noticia debia contener esta, pues se le vió contraer los labios y arrugar la frente, señal de una vivísima agitacion, y apenas concluyó de leerla, llamó á su escudero y Ferran le dijo: Avisa al alcaide de los Donceles, á D. Alfonso de Aguilar y á D. Manuel Ponce de Leon, y diles que me hagan el favor de venir al punto.

Pocos momentos habian pasado cuando aparecieron los tres esforzados guerreros y se acercaron á Don Juan Chacon, el que les dijo.—A mi tienda, señores, pues tengo que comunicaros nuevas de la mayor importancia.

Siguiéronle en efecto, y apenas tomaron asiento sacó D. Juan del limosnero una carta, la que desplegó y presentó al alcaide, el que la leyó en esta forma.

«La infeliz y desgraciada sultana reina de Granada, del ilustre Morayzel hija: á tí D. Juan Chacon, señor de Cartagena: salud.»

«La noticia que hasta aquí ha llegado de vuestro valor y de vuestras virtudes, han impulsado á una reina desgraciada, ultrajada en lo mas vivo de su honor, á acudir á vuestro amparo y generosidad. Sabed, ilustre caballero, que irritados los gefes de las tribus de los Zegries, Gazules y Mazas, de la preferencia que tanto yo como toda la corte hacemos de los de la tribu de los Abencerrajes, en razon á sus virtudes y va-

lencia, han llegado á persuadir al rey de que aquellos son traidores; y que... ¡oh colmo de iniquidad!... y que yo daba acogida á las amorosas palabras de uno de ellos, violando con ageno varon el tálamo de mi real esposo.»

«El rey en el primer impetu de su cólera mandó llamar á todos los caballeros de su tribu, bajo un falso pretesto, al real Alcazar, y conforme iban entrando los degollaban de su orden y a su presencia, en el salón inmediato al patio de los Leones. Treinta y seis han perecido de esta suerte y la raza hubiera sido completamente esterminada, si el pagecillo de uno de ellos no hubiera visto la triste suerte que á los restantes les estaba reservada y no les hubiera avisado. Con semejante noticia armaron á sus parciales, y atacaron la Alhambra; estando muy á pique la ciudad de convertirse en una espantosa carnicería, que afortunadamente pudo evitarse, mas no que toda la cólera del rey cayese sobre la desdichada que os implora.»

«El rey mi señor de acuerdo con sus pérfidos consejeros ha dispuesto que dentro de quince dias se celebre el juicio de Dios en el palenque que se formará en la plaza de Bibarrambla, en el que serán los mantenedores los cuatro Zegries que me han acusado, y seré quemada viva en una hoguera si en este tiempo no presento campeones que defiendan mi inocencia.»

«Esta es mi triste situacion, ilustre D. Juan, á vos acudo persuadida de que no desoiréis las plegarias de una dama: á vos acudo, pues tengo mas seguridad en los caballeros cristianos que en ningunos otros, por su indomable valor y por su galanteria: acorredme en tan lamentable cuita, vos y aquellos amigos á quie-

nes juzgueis oportuno dar noticia de ella para que os acompañen, seguros de que hareis una accion virtuosa socorriendo á la inocencia calumniada, y conquistareis la voluntad y el agradecimiento de la desventurada reina de Granada—*Moraima.*»

—Y quién vacilaria en socorerla? dijo D. Manuel Ponce de Leon: vamos á Granada al punto, y cuando haya sepultado mi tizona en el pecho de uno de sus calumniadores; le obligaré á que preconice su inocencia; cuenta conmigo.

—Y conmigo, dijo D. Alfonso de Aguilar; pues no puedo creer tan fea accion en tan noble mujer.

—Y conmigo, añadió el alcaide de los Donceles; pues aunque mora, es una reina afligida por tan vil ultraje, y es propio de caballeros de calidad deshacer el agravio donde quiera que lo encuentre.

—Gracias, amigos míos, gracias, contestó D. Juan Chacon: no esperaba menos de vuestro valor y de vuestra amistad.

—Una dificultad me ocurre, repuso Aguilar, y es que no podemos ir sin licencia del Rey.

—No hay necesidad de ella yendo en secreto, contestó el alcaide de los Donceles.

—Basta ya de hablar mas sobre el particular, exclamó el esforzado Ponce de Leon; dispongamos nuestras armaduras, y al anochecer saldremos de Talavera sobre nuestros caballos de batalla, y mediante el auxilio de la Virgen Santisima vencerémos á los calumniadores, y proclamaremos la inocencia de la aflijida *Moraima.*

—Pienso, contestó el prudente alcaide, que será